

del golfo dorado, al destello de las lámparas de alabastro, donde humeaba el aceite odorífico del nardo y allí se coronaba de rosas y se adormecía dulcemente al murmullo de las olas, confundido con el sonido de una lira afeminada.

La segunda, entregada al trabajo y á los dolores, bajo los rayos de un sol abrasador, ablandando con sus sudores la tierra endurecida, y engordando con sus carnes los peces reservados para la sensualidad de un patricio, ó bien bajo el casco de un gladiador, sirviendo para enrojecer con su sangre la arena del coliseo en sus juegos monstruosos, donde veinte mil hombres se degollaban en un solo día para divertir á Claudio, su imbécil emperador. A tales amos, y á estos esclavos que igualmente desconocian la dignidad de la naturaleza humana, el sacerdote católico vino á decirles, que eran criaturas y los hijos del mismo Dios, que formaban ambos una misma heredad; que el polvo de los primeros no era más noble que el de los segundos: que todos, en fin, eran iguales á los ojos del que los había hecho á todos. Esta doctrina de la igualdad no fué impuesta por la fuerza; fué predicada por la persuacion y el ejemplo: el interes ante ella guardó silencio; cedieron las preocupaciones; y cuando, en fin, la victoria le fué decididamente pro-

## CAPITULO V.

---

### CIVILIZACION DEL MUNDO POR EL SACERDOTE.

Cuando el sacerdote católico salió del Cenáculo, encontró en la Judea, Asia, Gaula, Italia, por todas partes, á los hombres divididos en dos clases, ó mejor dicho, como lo expresaba Aristóteles, en dos naturalezas, libre y esclava. La primera en magníficos aposentos, entre la pompa y el lujo, estasiándose bajo deliciosas sombras, en medio de las estatuas de aquellas divinidades que convidaban al deleite, ó bien bajo las frescas grutas bañadas por las azuladas olas



picia, y que el suelo engrasado y fecundo por la sangre de los mártires hubo producido sus frutos, el mundo desatado de las cadenas del paganismo, habia hecho pedazos otro género de hierros; era deudora al genio del sacerdote de un beneficio digno de admiracion, de un reconocimiento aterno: de la abolicion de la esclavitud.

Pero apenas el dogma de la igualdad fué aceptado, cuando se vieron venir las hordas de los Francos Burgones, Normandos, que intentaban establecer de nuevo la esclavitud, trayendo consigo de las florestas de las Germania, aquella servidumbre que sujetaba al hombre á ser vendido, poniéndole al nivel de los animales. El sacerdote católico resistió de nuevo, oponiéndose como lo habia hecho al quererse establecer cualquiera otra distincion odiosa. Esta vez se armó de todo el poder de su maestro, de que algunos hombres sin duda, han podido abusar, pero que en último análisis, no era más que el predominio de la fuerza inteligente sobre la brutal; del espíritu sobre la materia. En el último análisis, ¿contra quienes iban dirigidos aquellos golpes de ese poder? ¿Era contra los débiles, ó contra los poderosos? ¿Era en favor de los grandes, ó en favor del pueblo por lo que los Obispos levantaron tantas veces su voz, y que Roma lan-

zara sus rayos de lo alto del Vaticano? En sus rescriptos los pontífices nunca dejaron de añadir á sus quejas particulares la voz de las naciones y el interés general y lo hacian así para castigar los malos ejemplos ó la mala administracion de los reyes; era para responder á las quejas que subian como un sordo murmullo, del seno de las poblaciones hasta el trono de los sucesores de Pedro, por lo que estos pronunciaban el anatema contra los Felipe de Francia, los Federico de Alemania, los Juan y Enrique de Inglaterra. La influencia de la autoridad pontificia en la época de que hablamos, era para toda la sociedad como el centro comun, como el punto de apoyo: habia llegado á ser, por la fuerza de las cosas, un tribunal supremo donde se juzgaba en definitiva las diferencias entre los soberanos y cuyos decretos eran igualmente respetados por los príncipes y los pueblos. Roma hablaba y la cuestion quedaba terminada: el orden público, el interés general nada perdian; pero desde que hemos repudiado el ojo del pontífice coronado para conducirnos y su autoridad para juzgarnos, ¿qué hemos tenido, qué tenemos? Revoluciones y siempre revoluciones! . . . . La sedicion, el motin, el arma en el brazo, el petróleo preparado para el incendio, la confu-



sion en las calles, la sangre empapándolo todo, no reconociéndose ya por tribunal competente para hacer justicia ni arreglar las diferencias á ninguna autoridad, ved por qué los pueblos se han visto precisados á hacérsela á sí mismos. ¡Gran Dios, qué terrible es la justicia de los pueblos! (1)

---

(1) La naturaleza de los gobiernos europeos en la edad media, la influencia del clero en los negocios públicos, como primer cuerpo del Estado: eso era, á primera vista, las solas razones que autorizaban á los Papas á intervenir en el gobierno de los Estados. El carácter de soberano que ellos tenían en Italia, sus derechos particulares sobre el nuevo imperio de Occidente, los intereses de la religion que debian procurar en todas partes, la obligacion de velar por el mantenimiento de la fé y de las costumbres en todos los Estados cristianos, la autoridad que les daba su carácter sagrado de que estaban revestidos para sostener la paz entre los príncipes para prevenir y conseguir los desórdenes, los autorizaban evidentemente y muchas veces aun los obligaban á tomar una parte muy activa en los negocios públicos de los diversos Estados de la Europa. Por no

Añadamos á lo expuesto, que las ideas inculcadas á la Europa por los pontífices, la proteccion que el sacerdote diera á los vasallos, la maternal dulzura de su yugo, la soberbia altivez de los señores, el magnánimo ejemplo dado desde el siglo décimo por San Benito Aniano para dar libres á todos los esclavos que en sus dominios tenia, por la munificencia de su soberano, habian comenzado á hacer bambolear el sistema

---

querer comprender bien esta posicion de los Papas, una multitud de escritores modernos atribuyen á la ambicion y á una política profana lo que entónces hicieron, cuando todo se explica satisfactoriamente por las circunstancias que hemos expuesto. El concurso de ellas es lo que vindica la conducta de Gregorio IV, Nicolao I y Adriano II, que tanto se ha reprobado por un gran número de historiadores, recomendables por otra parte; pero que no se han penetrado lo bastante de los motivos que obligaron á aquellos pontífices á intervenir en las diferencias entre los príncipes y sus súbditos, ó entre los mismos príncipes como con Luis Debonnaire y Cárlos el Calvo.



fendal, cuando las cruzadas le acabaron de dar el golpe de gracia.

Las cruzadas. . . .! y ¿qué no se ha dicho de ellas? ¿á cuántas objeciones no han dado lugar? Ojos miopes no han visto en ellas más que una obra antisocial, como si al contrario, el sacerdote católico no hubiera cumplido una misión esencialmente civilizadora, exhortando á los fieles de su resorte á que se apresuran á llevar nuestras creencias y nuestros principios de progreso al Oriente, que la cimitarra de Mahoma acababa de condenar á la inmovilidad. Se les ha acusado de haber despoblado la Europa, como si los imperios muriesen solo por falta de hombres. La despoblación, por otra parte, es un mal pasajero de que no pueden ser jueces las generaciones siguientes, y más por las que corrieron con tanto ardor á la Palestina. "Era, como decía uno de nuestros escritores, un goce de una admirable dulzura, ir á llorar allí donde se había apurado hasta las heces el cáliz de la margura, porque era para ellos un paraíso, poner el pié sobre el suelo que había sostenido al Hombre Dios." Y las familias que aquellos cristianos en su entusiasmo dejaban á sus espaldas, ¿no encontraban un dulce consuelo con su pérdida, en el

pensamiento que tenían un mártir muerto en tierra Santa y que rogaba por ellos en el Cielo?

Pero quiero permitir que todo fueran puras ilusiones: qué ¿nada era para las glorias nacionales verse llamar los que iban, duques de Atenas, barones de Antioquía, ú de Cesarea sentarse sobre los tronos de Constantinopla y de Jerusalem? ¿Nada era para el bien de la humanidad aquellas nuevas nociones que los cruzados adquirían con su contacto con la culta corte de Bysancio? ¿Eran inútiles para la fusión de los pueblos aquellas expediciones lejanas que abrían nuevas vías de comunicación, que aseguraban á la Europa el comercio de la Grecia, de la Syria del Egipto y de las Indias Orientales? ¿Nada era, en fin, aquella asociación de los pueblos de Europa, que unían sus esfuerzos para la realización de un mismo objeto: constituir la grande unión del Occidente, para que por la primera vez, y á la voz de los Urbanos y los Bernandos, se lanzaran todos juntos sobre el Oriente!

Pero el efecto casi inmediato de las cruzadas tan calumniadas, fué la caída del sistema feudal. Mientras que los tribunales de Jerusalem organizan en la Asia, en la Europa, avergonzado se desplomaba por todas sus partes. Su ruina vino de aquella igualdad que quiso es-



tablecerse entre el habitante del castillo y el vasallo, entre la comunidad del fin y la participación de los mismos peligros. Comenzo entonces á aparecer ménas vil aquella sangre del pueblo, que así como la de los caballeros, tiñó los campos de Nicea, Ascalon y Mansourah; vino, sobre todo, de la debilidad en que se encontraron á su vuelta los señores que agotaron sus recursos para tomar parte en aquellas expediciones lejanas, y en cuya ausencia el poder habia quedado en manos incapaces. Casi contemporáneo tambien á las cruzadas, se vieron nacer las comunas que marchaban desde entonces bajo la bandera de sus santos, y no ya bajo el blason de sus condes y barones. Apenas habían pasado dos siglos y las grandes poblaciones de la Suiza, las ciudades de Italia, y Alemania proclamaron su libertad é independenciam. Los es clavos se abrieron la entrada en el parlamento de Inglaterra. y en Francia, uno de sus Felipes, llamó al tercer Estado á que tomará parte entre el rango de la nobleza y del clero en las viejas asambleas nacionales.

Estas preciosas conquistas descollaron de aquella ley santa que no conoce, dice Massillon, ni noble, ni pechero: ni se señor, ni esclavo; que no distingue á los hombres por sus nombres y sus luga-

res sino por virtudes, y á los ojos de la que, los más grandes son los más santos, y los que tienen más mérito. Este último precepto, el sacerdote católico le aplicó á la constitucion de la Iglesia y de la gerarquía, y si algunas veces se vieron poderosos del mundo, sentarse sobre la silla de luz y de amor que habia reemplazado en la ciudad eterna al trono ensangrentado de los Nerón, tambien se vieron en él, ciñendo la tiara á un Girbet, que nacido en la oscuridad, no llevó al pontificado más que sus desgracias y sus ciencias; y á un Gregorio VII que salió del modesto taller de un artista, y de Sixto V, en fin, que nació de una condicion todavía más humilde.

Ved, pues, al génio del sacerdote conduciendo por sus preceptos, influencias y ejemplos, al dogma de la igualdad. Además, mientras todos los cultos, unas veces bajo el nombre de destino, y otras del de fatalidad, sometian no á la humanidad sino al individuo, al que obligaban á cada uno de sus actos, aniquilando así á la vez la existencia del yo y el mérito de la determinacion voluntaria. Ved cómo el sacerdote católico enseñaba la doctrina del libre albedrío, de donde solo puede descollar la moralidad de los hechos, restableciendo con esto la libertad y restringiéndola al mismo tiempo, pero con sabidu-



ría por la caridad, es decir, por el amor de sus semejantes y el respeto de sus derechos. La igualdad, la libertad, que también es una consecuencia de la igualdad, es él, el sacerdote, quien las ha puesto como las dos bases fundamentales del orden social actual de la Europa, y la revolución francesa que ha creído ser la vulgarizadora de estos dos grandes principios, ha falseado la historia enseñando que no fué el sacerdote católico el apóstol de tales principios, y que en lugar de haberlos recibido de él—del sacerdote—único que podía guiarla en su peligrosa carrera, los había tomado de una ciega filosofía, que falseándolos y desnaturalizándolos, se los apropiaba. Sépase, pues, que los crímenes y horrores que de ellos resultaron, vinieron de los pretendidos filósofos, y lo que ellos tuvieron de grande y de bello, vino del sacerdote que la revolución inmoló.

Espacio me faltaría si tratara de referir todo lo que el genio del sacerdote ha producido en el orden moral y en el civil: un libro como el presente no podría contener tantas maravillas; el mundo está lleno de ellas. No olvidemos tampoco, que si ha formulado los derechos del hombre, los ha precisado también de una manera clara y patente, ya como particular, ya como

ciudadano; y que á pesar de la debilidad inherente á nuestra naturaleza, ha llevado las leyes y los hábitos generales á un estado de perfección y de dulzura, que hacen un magnífico contraste con la depravación y la ferocidad antiguas. No olvidemos que en la guerra le debemos un nuevo derecho de gentes, que por mucho que se estime, no es lo bastante; que la muerte levante su guadaña en el campo de batalla, que la victoria deje á los vencidos su libertad y sus bienes, que durante la paz, él, el genio del sacerdote, luche contra el genio de las facciones criminales y el espíritu de partido, que predique á los pueblos el precepto del gran Maestro: *Dad al César lo que es del César*, precepto de la sumisión cristiana, que hace que el monarca recoja de sus súbditos la única recompensa de sus trabajos y de su abnegación, el respeto y el amor: de todo esto, repito, á él le somos deudores. No olvidemos, en fin, y cómo podríamos olvidarlo cuando estamos rodeados de sus monumentos, mejor diré, de sus milagros? No olvidemos, repito, que el sacerdote católico ha creado instituciones que el mundo nunca había ni siquiera soñado, y que entre tantas, donde son socorridas todas las miserias de la humanidad, todas sus necesidades y todos sus sufrimien-



tos, ninguna se encuentra de las que no le seamos deudores; ninguna, ni aun de aquellas que se atribuyen á la filantropía, virtud de la tierra, que muy pronto se ha olvidado que es hija de la caridad y por consiguiente del génio del sacerdote y del cielo.

## CAPITULO VI.

CONTINUACIO DEL MISMO ASUNTO.  
DESARROLLO DE LAS CIENCIAS, DE LA LITERATURA  
Y DE LAS ARTES, POR EL GÉNI0 DEL SACERDOTE.

El sacerdote católico, haciendo conocer al hombre su origen y su naturaleza, sus relaciones con sus semejantes y el término de sus destinos, dió una direccion realmente progresiva á la humanidad. Hasta entónces marchaba, es verdad, pero ¿quien podria adivinar á dónde hubiera ido á parar, si no hubiera aparecido en el mundo el genio del sacerdote para sostenerla y acompañarla en su carrera del tiempo, hasta la puerta de la eternidad? De su doctrina, que es la